

REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

DIARIO DE SESIONES DE LA ASAMBLEA GENERAL

QUINTO PERIODO ORDINARIO DE LA XLII LEGISLATURA

2ª SESION EXTRAORDINARIA

PRESIDE EL DR. ENRIQUE E. TARIGO
(Presidente)

ACTUAN EN SECRETARIA LOS TITULARES SEÑOR MARIO FARACHIO Y DR. HECTOR S. CLAVIJO

SUMARIO

1) TEXTO DE LA CITACION

"Montevideo, 8 de marzo de 1989.

La ASAMBLEA GENERAL, se reunirá en sesión extraordinaria el próximo miércoles 15, a la hora 18, para rendir homenaje a la memoria de don Wilson Ferreira Aldunate.

LOS SECRETARIOS"

2) ASISTENCIA

ASISTEN: los señores senadores **Gonzalo Aguirre Ramírez, Hugo Batalla, Jorge Batlle, Eugenio Capeche, Pedro W. Cersósimo, Carlos W. Cigliuti, Juan Carlos Fá Robaina, Juan Raúl Ferreira, Manuel Flores Silva, Francisco A. Forteza, Guillermo García Costa, Reinaldo Gargano, Luis Alberto Lacalle Herrera, Enrique Martínez Moreno, Carminillo Mederos Da Costa, Walter Olazábal, Dardo Ortiz,**

Carlos Julio Pereyra, Juan Martín Posadas, Luis Bernardo Pozzolo, Américo Ricaldoni, A. Francisco Rodríguez Camusso, Luis A. Senatore, Juan A. Singer, Uruguay Tourné, Alfredo Traversoni, Alberto Zumarán, Enrique Cadenas Boix y el señor Presidente, y los señores representantes: **Julio Aguiar, Numa Aguirre Corte, Nelson R. Alonso, Guillermo Alvarez, Juan Justo Amaro, Abayubá Amen Pisani, Ernesto Amorín Larrañaga, Roberto Asiaín, Washington Baliero, Héctor Barón, Javier Barrios Anza, Honorio Barrios Tassano, Juan A. Bentancur, Carlos Bertacchi, Edgard Bonilla, Federico Bouza, César Brum, Mario Cantón, Cayetano Capeche, Tabaré Caputi, Gonzalo Carámbula, Carlos A. Cassina, Washington Cataldi, Juan Pedro Ciganda, Jorge Conde Montes de Oca, Walter Correa, Víctor Cortazzo, Eber da Rosa Viñoles, Pedro F. Darricarrere, Julio E. Daverede, José Díaz, Rúben Díaz, Ruben Escajal, Hugo A. Faget, Yamandú Fau, Rubens Francolino, Carlos M. Fresia, Ruben E. Frey Gil, Juan J. Fuentes, Ariel Gaione, Carlos Garat, Alem García, Oscar Gestido, Héctor Goñi Castelao, Hugo Granucci, Ramón Guadalupe, Arturo Guerrero, Luis Alberto Heber, Julio C. Hernández, Luis A. Hierro López, Walter Isi, Luis Ituño, Daniel Lamas, Ariel Lausarot, Oscar Lenzi, Oscar López Balestra, Nelson Lorenzo Rovira, Jorge Machiñena, Oscar Magurno, Julio Maimó Quintela, Miguel Manzi, Luis José Martínez, Orosmán Martínez, Eden Melo Santa Marina, Pablo Millor, León Morelli, Horacio Muniz Durand, Carlos E. Negro, Juan A. Oxacelhay, Ramón Pereira Pabén, Manuel Pérez Alvarez, Oscar Pérez Peloche, Juan Pintos Pereira, Carlos Pita, Lucas Pittaluga, Elías Porras Larralde, Baltasar Prieto, Alfonso Requiterena Vogt, Edison Rijo, Gilberto Ríos, Ricardo Rocha Imaz, Carlos Rodríguez Labruna, Raúl Rosales Moyano, Hebert Rossi Pasina, Walter R. Santoro, Jorge Silveira Zavala, Carlos Norberto Soto, Guillermo Stirling, Héctor Martín Sturla, Gerardo Tovagliari, Víctor Vaillant, Gustavo Varela, Tabaré Viera, Leonardo Vinci, Antonio M. Zeballos y Edison H. Zunini.**

FALTAN: con licencia, el señor senador **Francisco M. Ubillos** y los señores representantes **Washington García Rijo, Yamandú Rodríguez** y **Andrés Toriani.**

Con aviso, los señores senadores **Raumar Jude** y **Francisco Terra Gallinal** y los señores representantes **José Felipe Bruno, Eduardo Jaurena** y **Héctor Lescano.**

3) WILSON FERREIRA ALDUNATE (Homenaje en el Primer Aniversario de su Muerte)

SEÑOR PRESIDENTE. - Habiendo número en Sala, está abierta la sesión.

(Es la hora 18 y 6)

— Señores legisladores: la Asamblea General se reúne hoy en sesión extraordinaria, al conmemorarse un año de la muerte del señor Wilson Ferreira Aldunate, para rendir homenaje a su memoria.

Tiene la palabra el señor legislador Requiterena Vogt.

SEÑOR REQUITERENA VOGT. - Señor Presidente, señores legisladores, señores familiares de don Wilson Ferreira Aldunate: señalo -y rápidamente salgo de ello- el muy alto honor que para mí significa hablar en nombre del Partido Nacional en este acto en que se recuerda a una de las figuras más formidables de este siglo que ya termina: Wilson Ferreira Aldunate. Representación y homenajeado valorizan en mucho esta presencia.

Wilson Ferreira Aldunate nació el 28 de enero de 1919 en la localidad de Nico Pérez, departamento de Lavalleja. Casado con doña Susana Sienra, con quien tuvo tres hijos: Gonzalo, Silvia y Juan Raúl, actual Senador de la República.

Cursó los estudios de Primaria y Secundaria en la ciudad de Melo, graduándose de bachiller en el Instituto "Alfredo Vázquez Acevedo", de Montevideo. Ingresa a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales en el año 1937, en su rama de Abogacía, de donde poco tiempo antes de graduarse se alejó para dedicarse a las actividades rurales. Su graduación queda trunca, pues la no prosecución de sus estudios se vuelve definitiva al empezar otra tarea paralela a la recién dicha y que le apasionó desde sus primeros años: la actividad política.

Ingresó en el Comité de la Juventud del Partido Nacional Independiente y de allí en adelante, al impulso de una auténtica pasión, se sucede al ejercicio de cargos de distintas jerarquías, todos los cuales desempeñó con un entregamiento íntegro. Fue Convencional en el año 1939 y luego miembro del Directorio; en 1943 desempeña la Secretaría, que sigue ocupando durante varios períodos. En el año 1954 ingresó en el Movimiento "Reconstrucción Blanca", que tuvo en su fundación y accionar al doctor Washington Beltrán, y allí nos volvimos a encontrar con Wilson, pues ya nos conocíamos dada nuestra actuación en aquel gran órgano de prensa que fue "Marcha", donde Wilson desempeñara funciones de comentarista de cine, mientras yo era militante activo en la línea que abanderaba aquel otro estadista de excepción, aquel gran hombre público que fue el doctor Carlos Quijano. Es en ese año de 1954 que Wilson -y perdónenme que lo designe así, "Wilson", pero es de esa clase de seres cuyo nombre de pila identifica claramente su persona; además, sabemos que a él le agradaba que lo llamaran así- por primera vez ocupa una banca de Diputado.

También por esa época desarrolla otras actividades, no políticas, como delegado del Club Nacional de Football ante la Junta Dirigente y Secretario General de dicha institución. En 1961 es designado Consejero de la FIFA en Londres mientras desempeñaba la Vicepresidencia de la Asociación Uruguaya de Fútbol.

Wilson fue uno de los fundadores del Movimiento conocido como "Divisa Blanca", al que representó en la Cámara de Representantes, en el mencionado año de 1954. Fue Diputado por el Departamento de Colonia en el período 1958-1962; en los años 1958 y 1959 presidió las Comisiones de Obras Públicas, de Planes de Saneamiento y de Plan de Obras de UTE.

En 1960 desempeña la primera Vicepresidencia de la Cámara de Diputados; en 1961, se le designa Delegado de la Re-

pública a la XVI Asamblea de las Naciones Unidas. En 1962 es reelecto Diputado por Colonia, integrando las listas de la UBD (Unión Blanca Democrática) y el 1º de marzo de 1963 es nombrado Ministro de Ganadería y Agricultura, acompañado desde la Subsecretaría por su amigo íntimo y actual Senador, doctor Guillermo García Costa.

Profundo conocedor de los problemas de su cartera, conjugaba el conocimiento práctico con la doctrina, y así ejerció uno de los Ministerios de Ganadería y Agricultura más brillantes que se recuerdan, impulsando varias iniciativas y presentando diversos proyectos de ley de especial importancia para el futuro, ya que tenían que ver con la intimidad de la naturaleza agropecuaria del país, varios de los cuales no fueron debidamente interpretados por algunos, negándoseles el imprescindible apoyo. Hoy, a más de veinticinco años, apreciamos su permanente vigencia, pues muchos de los males que padecemos hoy, con aquellas prevenciones se hubieran evitado. Cierto es que algunos, en parte y esporádicamente, fueron luego aprobados.

Fue un auténtico Ministro. Ejerció su función con la seriedad y responsabilidad que tan difícil Cartera exigía; estudió, desde el comienzo, la realidad económica del campo; en diversas oportunidades, realizó exposiciones tales como -por citar algunas- "Las soluciones de fondo para los problemas de la producción rural", "Política del Comercio Exterior", etcétera; tuvo muy importante actuación en la fundación de la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico (CIDE), ante la que presentó un plan de Reforma Agraria que, como sucede siempre con los auténticos cambios, desató una dura polémica, fue desvirtuado por muchos sin el menor pudor, y hoy debe ser base de cualquier iniciativa que se tome al respecto.

Dio al Ministerio que ejercía otro giro, otra forma de enfocar los temas inherentes al mismo. El establecimiento "La Estanzuela" entró dentro de estos cambios esenciales para el desarrollo y el progreso.

No es posible seguir paso a paso la actuación pública de este excepcional uruguayo; el tiempo no lo permite y ello deberá ser motivo del libro meditado y amplio. Pero hay momentos en la estelar trayectoria de este hombre que uno no se resiste -aunque fragmentariamente- a mencionar, porque tienen y tendrán siempre inmortal vigencia. En el acto en que en nombre del Poder Ejecutivo, como Ministro de Ganadería y Agricultura, declaraba inaugurada la XV Exposición Internacional de Ganadería, en uno de los pasajes de su discurso se preguntaba Wilson por qué los postulados cuya validez universal se proclama para regir las relaciones entre los hombres no se aplican también a las que existen entre los países, entre los Estados. Decía: "¿Es que se puede admitir como válido, como aceptable, que existan naciones ricas, cuya riqueza aumente por el solo hecho de que disponen de esa riqueza, frente a países pobres, condenados a ver aumentar su pobreza por el solo hecho de padecerla?" Y agregaba más adelante: "Si un mínimo de sentido común ganare la conducta de los poderosos de la tierra, se comprendería que la actual situación no conviene a nadie".

Wilson y un grupo de compañeros, a fines de la década del sesenta, inician una acción política dentro del Partido Nacional, que culmina con la fundación del Movimiento "Por la Patria", siguiendo así su permanente actividad política, más que nunca necesaria, pues se acercan, fatalmente, importantísimos sucesos para la historia de nuestro país -páginas cargadas de angustias y dolor, que hoy ocupan lugar de privilegio en los peores recuerdos de nuestro pasado- que Wilson enfrentará con su valor, generosidad y capacidad de siempre.

Pero antes de proseguir con esta exposición, debo señalar que en el año 1971 fue candidato a la Presidencia de la República junto al señor senador Carlos Julio Pereyra, en una fórmula que congregó una inmensa masa de ciudadanos y que, no nos cabe duda, concitó el mayor número de voluntades.

Recuerdo también, señor Presidente -y sólo las nombro, por la trascendencia nacional que tuvieron- las interpelaciones realizadas en el Senado a los Ministros de Industria y Comercio, del Interior y de Hacienda de la época. Asimismo, debo señalar los cientos y cientos de proyectos de ley e intervenciones en sus años de legislador, tarea ésta a la que en esa época ya se dedicaba por entero.

27 de junio de 1973. Estamos en el inicio de una larga etapa, a la que antes hicimos una breve referencia, que llevará nuevamente fuera del país a Wilson, nuestro amigo y líder. Pese a todas las circunstancias que sobrevendrán será Wilson -como recién lo dijimos- quien portará nuestro estandarte patrio por el mundo entero con orgullo, honradez y dignidad, haciendo conocer los momentos dramáticos que vivió nuestro país.

Wilson, su amigo íntimo, el Diputado Héctor Gutiérrez Ruiz -luego cobardemente asesinado- y algunos otros compañeros cruzan el Río de la Plata e inician el duro y largo período del exilio. Momentos antes, Wilson había pronunciado un discurso en el Senado, en el que llamaba a responsabilidad al Gobierno y lo enfrentaba a la inmensa gravedad del paso que estaba por dar o que ya había dado: el derrocamiento de las instituciones y la sustitución del pueblo en el Gobierno por las Fuerzas Armadas. Horas, días, meses, años de exilio le esperan junto a su esposa, doña Susana Sienra, compañera inseparable, ejemplo claro y viviente de lealtad y responsabilidad, que mucho tiene que ver en la vida de Wilson, a quien hoy saludamos y recordamos con auténtico patriotismo y de los más profundo de nuestro sentimiento, le decimos: gracias, doña Susana.

Fue un exilio sembrado de toda clase de vicisitudes, añorando la tierra patria, sufriendo el horror del crimen de Gutiérrez Ruiz y Michelini, que lo llevó, con todo valor, a dirigir al gobernante argentino, Teniente General Jorge Rafael Videla, el 24 de mayo de 1976, una extensa misiva denunciando los raptos y los asesinatos cometidos.

Salteamos etapas y desembarcamos en el Puerto de Montevideo un día del mes de junio de 1984; el 16 para ser más precisos. El pueblo uruguayo -y digo pueblo uruguayo porque estaba todo el país, sin distinción de credos políticos- no pudo llegar al lugar mismo pues se lo prohibió la Comandancia de la época. Pero eso no importa; lo que sí interesa -y Wilson lo sabía- es que ese pueblo estaba ahí, a algunas cuadras, abrazándolo desde lo más íntimo de su corazón.

Viene luego la cárcel y existe ya la proscripción más total; se celebran elecciones nacionales sin Wilson, y éste luego recupera la libertad.

Señalamos como tremendamente emotivo -como él mismo lo decía- el acompañamiento anónimo desde el cuartel de Trinidad a la explanada del Palacio Municipal. Resulta dificilísimo determinar -aunque sea aproximadamente- a cuánto asciende la multitud que lo acompaña, que lo espera. Y el gran líder, con la voz alterada por la fortísima emoción que está viviendo, se dirige a su pueblo hablando de paz, cuando se esperaba una declaración de guerra; hablando de entendimiento y apoyo a los grandes temas nacionales, cuando se esperaba la muestra del sufrimiento y del daño padecidos por su familia y por él; primando por encima de todo su sentimiento patrio -repito- ante la sorpresa de todo el país, en especial de los que ejercían el Gobierno en ese momento.

Aclamado en las Convenciones partidarias, Presidente del Directorio del Partido Nacional, trabajó incesantemente por el logro de la unidad partidaria; fue autor, propulsor y abanderado de todo lo que entendía fuera necesario para la marcha del país.

A puertas abiertas en su casa, en el club, en el periódico "La Democracia", en la calle, recibía a todo el mundo sin ningún tipo de distinciones.

Habló un nuevo lenguaje -tanto en lo político como en lo económico y en lo social- especialmente a la juventud, lo que explica el conjunto enorme de muchachos que le apoyaban y seguían. Dio una nueva imagen del Estado, sus fines y sus obligaciones.

Fue increíblemente honesto consigo mismo. Por ejemplo, como él lo decía, nació a la vida política en vida del excepcional caudillo de este siglo y hombre público sobresaliente, el doctor Luis Alberto de Herrera, pero en aquel entonces no era herrerista y más de una vez lo combatió. Según el propio Wilson, empezó a comprender a Herrera a partir de su misma muerte, y de ahí en adelante lo invocó con el mayor convencimiento y muchas veces con admiración.

Wilson consultaba a mujeres y hombres sin importarle en nada su posición política; los elegía por su saber y por su dignidad y luego él se encargaba de formar opiniones. Le era fundamental conocer profundamente el tema y para ello era esencial un asesoramiento serio; nada de movilizarse por las ramas sino que había que ir al tronco del árbol. Esto lo hacía para sí mismo y lo enseñaba a sus discípulos y si se equivocaba no tenía inconveniente en reconocer el error, testar sus expresiones y aceptar las correcciones que eran pertinentes, todo esto conjugado en un hombre de carácter, rápido, veloz, nervioso.

Wilson hizo suyo el culto al evangelio occidental, que postuló como deberes el trabajo, la acción y el progreso, tal cual lo pregonó Eduardo Spranger en su estudio "Formas de Vida". ¿Quién ignora que intervenía en los hechos y los afrontaba con la eficiencia del realista y del pragmático?; pero tras ello una rica idealidad, surgida de los valores axiológicos más excelsos, obraba como estimulante de su acción.

Diltey, el abanderado del historicismo, que lo concibió como doctrina a mitad del siglo XIX, decía que sólo la vida comprende la vida. Wilson, que llevaba en su cuerpo y en su alma aquella rebosante e inagotable vitalidad, hizo uso generoso de ese rico patrimonio para incentivar en el prójimo ese impulso creador y fecundo que la vida entraña.

Conocer la naturaleza humana, individual o colectiva, debe ser ejercicio cotidiano del hombre político. Este concepto, que en otras palabras pregonaba Cole en "Doctrinas y Formas de la Organización Política", era en Wilson un procedimiento que se advertía en todos sus actos.

Mucho, muchísimo más hay para hablar y exponer sobre este estadista y hombre de pueblo, pero entendemos que estos recuerdos-homenajes deben tener cierta brevedad, bajo pena de diluir el objetivo, y así es que con verdadera resistencia íntima llegamos a recordar el final.

Mediados del año 1987. Un viento helado recorrió al pueblo uruguayo: Wilson estaba herido de muerte y una enfermedad implacable lo arrastra al fin. Como siempre, la primera reacción es de incredulidad, y como sucede en estos casos, no se quiere creer, es algo que no puede ser. Pero al poco tiempo se confirma la noticia: Wilson se muere y él lo sabe. Los que tratamos a Wilson esos días lo vimos actuar como siempre, con su mismo carácter, voluntad y espíritu de lucha. Lo vimos por última vez en el homenaje a su querido amigo el doctor Enrique Beltrán, en el subsuelo del Diario "El País", frente a la plaza Libertad, mostrando algunas señales del próximo final.

El 15 de marzo se apagaba su vida biológica. Un pueblo entero lo lloró, sin distinción de opiniones políticas, sociales, de edad ni de sexo: había muerto un hombre, un político, un auténtico uruguayo.

Su doctrina, su ejemplo, su lucha incesante están en pie; no pueden morir y cada día tienen más vigencia. Para nosotros, blancos, nuestro Wilson no ha muerto, nuestro Wilson vive para siempre marcando los grandes caminos que llevan a la prosperidad y al bienestar de la República.

Por eso nuestras voces recordarán su verbo y en nuestro impulso colectivo no habrán de desfallecer jamás aquellos bríos que él, en la vanguardia, impulsó e impulsa con fuerza torrencial.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE. - Tiene la palabra el señor representante Guadalupe.

SEÑOR GUADALUPE. - Señor Presidente: la bancada de legisladores del Frente Amplio me ha designado -lo que para mí constituye un altísimo honor- para hacer uso de la palabra en este acto de homenaje al extinto ciudadano Wilson Ferreira Aldunate.

En el comienzo de mis palabras quiero decir que hace algunos instantes el señor Presidente de nuestro Frente Am-

plio, General Liber Seregni, me solicitó que en la tarde de hoy hiciera presente su adhesión y solidaridad con el Partido Nacional, con las instituciones del país y con los familiares del extinto ciudadano.

Señor Presidente: pensé largamente cómo enfocar un discurso de homenaje a Wilson Ferreira Aldunate. Soy consciente de que no es una tarea fácil, porque es difícil aprehender, aherrojar en conceptos una definición de la personalidad de Wilson Ferreira; y esa dificultad se debe a la riqueza, a la intensidad de su transitar político.

Wilson tenía un rasgo que hoy nos sirve a nosotros para definirlo como el maestro de la energía. Y como tal, con una férrea voluntad puesta al servicio de su Partido y del país, recordamos desde los bancos escolares aquella parábola de Rodó, "La pampa de granito", que nuestros maestros nos leyeran de niños y cuya idea central captamos casi a fuerza de intuición pero a la que luego, siendo adolescentes y posteriormente hombres, le dimos la real dimensión filosófica que tenía, probablemente cumpliendo aquel dogma pedagógico de Vaz Ferreira de la penetrabilidad del texto. De aquella parábola escrita para los niños hoy quiero tomar una imagen para describir estos rasgos de la personalidad de Wilson Ferreira Aldunate.

Decía Rodó que era una inmensa pampa de granito, triste y desierta, triste y fría; pampa de granito nuestra vida, nuestra tierra, nuestro suelo, nuestro paisaje. Y en esa pampa había un hombre voluntad, un hombre energía, que tenía en su mano una simiente y junto a él estaban tres trémulos niños. El hombre voluntad, el hombre energía, supo arrancar de uno de ellos, mordiendo la roca, el logro de un hueco, y de otro, frente al imperativo "Junta tierra para la simiente", abrir sus mandíbulas para captar el flotante polvo, para luego arrojar la simiente que tenía en su mano. Y aparece en el trasluz de la parábola un tercer niño, y a él, el hombre energía, el hombre voluntad, ha de decirle: "Has de regar esa simiente", y ante la pregunta de ¿dónde el agua?, responde: "Llora; la hay en tus ojos".

Pasa el tiempo; nace el árbol. Las aves anidan en su copa; las flores, los frutos. El hombre energía, el hombre voluntad es ahora Wilson sembrador. Sembró generosamente con telúrica pasión y por eso hoy está en las siemprevivas de su querido Partido Nacional.

Y luego, aquella patética escena que recuerdo y que me asombró de niño: los niños que tienden sus manos para alcanzar el fruto y el hombre energía, el hombre voluntad, erguido, inmenso, silencioso, desafía el futuro. Y es el relámpago apagando misteriosas noches y es el vagido del recién nacido despertando auroras.

Señor Presidente: decía Hesíodo: "Al principio existió el caos, después la tierra de amplio seno, base eterna e inquebrantable de todas las cosas, y el amor". Wilson fue energía y voluntad, pero fue también amor.

Y su amor fue desbordante torrente que circuló con generosidad por los renovados cauces del sentimiento popular. Porque fue energía y amor, con Martí puede decirnos hoy: "He vivido, me he muerto y en mi andante fosa sigo viviendo".

Señor Presidente: más allá de las notorias y hondas diferencias ideológicas que nuestro Frente Amplio mantuvo con el ciudadano Wilson Ferreira, hoy nuestra bancada, en el primer aniversario de su fallecimiento, saluda respetuosamente la memoria de un aguerrido adversario político y se inclina con emoción ante un preclaro servidor de la República.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE. - Tiene la palabra el señor legislador Rossi Pasina.

SEÑOR ROSSI PASINA. - Señor Presidente: cuando evocamos las figuras de hombres públicos que fueron contemporáneos, aflora en nuestro pensamiento su militancia partidaria, y es natural que así sea, ya que los partidos políticos son el cauce natural por el cual se expresa la ciudadanía en las democracias representativas.

Y hoy, al evocar la figura de Wilson Ferreira Aldunate, de inmediato lo recordamos como Diputado, Ministro, Senador y Presidente del Directorio del Partido Nacional.

Pero, a medida que transcurre el tiempo de su desaparición física -precisamente en el día de hoy se cumple el primer año de su tránsito a la eternidad- se aquilata la proyección de su brillante personalidad, más allá del ámbito partidario pues se proyecta en todo el ámbito de la historia nacional.

A nuestro juicio, hay tres momentos de la vida de Wilson Ferreira Aldunate que pautan su extraordinaria personalidad. Son ellos: su paso por el Ministerio de Ganadería y Agricultura, su intensa actividad como legislador y , finalmente, su actuación como Presidente del Directorio del Partido Nacional.

Al frente del Ministerio de Ganadería y Agricultura, Ferreira Aldunate puso todo su empeño, entusiasmo y conocimientos a fin de transformar una estructura, que en esos momentos era más burocrática que técnica, en una Secretaría de Estado capaz de transformar la producción agropecuaria para que fuera palanca del desarrollo integral del país y, especialmente, de la promoción de los medianos y pequeños productores, que son los que constituyen la mayoría de su población rural.

Fue luego Senador, con un estilo apasionado y enérgico, pero también fecundo, pues dominaba los temas más importantes de la política uruguaya. Fue alcanzando así los primeros planos en el quehacer nacional y como consecuencia de esa intensa y brillante actividad parlamentaria se convirtió en el líder natural de su partido, el Partido Nacional.

Su ciclo parlamentario se cerró en la aciaga madrugada del 27 de junio de 1973. En esa histórica sesión del Senado proclamó que a partir de ese momento se convertiría en el más tenaz opositor al régimen de facto que se instalaba. De inme-

diato inició su exilio, en el que luchó incansablemente por lograr la reinstitucionalización del país, soportando con estoicismo las persecuciones e injusticias que en él centraron los que en esa época detentaban ilegítimamente el gobierno.

En su exilio compartió con compatriotas de todas las ideologías, sin excepción alguna, los primeros puestos en la lucha por la libertad de la patria. A su retorno al país lo recibió el pueblo entero.

Recuperada la democracia la figura de Wilson Ferreira Aldunate fue gravitante en el escenario político nacional. Quien era ardoroso defensor de sus credos partidarios, colocó por encima de los mismos el interés nacional, apoyando soluciones de entendimiento y concordia que, a su entender, afirmaban y consolidaban la normalidad institucional del país.

Señor Presidente: con estas concisas expresiones, en nombre de la Unión Cívica nos adherimos a este homenaje a la memoria de Wilson Ferreira Aldunate, figura relevante de la historia nacional.

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE. - Tiene la palabra el señor legislador Alonso.

SEÑOR ALONSO. - Señor Presidente: por nuestro intermedio, el Partido por el Gobierno del Pueblo, Lista 99, adhiere a este justo homenaje recordatorio a la figura de Wilson Ferreira Aldunate.

Ya se ha dicho que Wilson Ferreira fue una figura prominente en la vida nacional. Pero tenemos que decir también que siéndolo integra la cultura de este pueblo.

La cultura de las colectividades y de las naciones no solamente *está integrada por la suma de los conocimientos que* vienen del pasado sino también por la suma de las experiencias y de los afectos, por la presencia y la acción de quienes componen ese pueblo, por el recuerdo, el ejemplo y la huella de quienes lo compusieron y ya no lo componen.

No cabe duda de que la honda huella que Wilson Ferreira Aldunate dejará en la vida nacional, hoy es uno de los elementos que integran la cultura del pueblo uruguayo.

No repetiremos pormenorizadamente lo que con justicia y con mejor estilo otros ya han dicho.

La personalidad de Wilson fue polifacética y compleja. Si no hubiera sido así, no habría sido posible que, con brillo sin igual, pudiera desempeñar funciones tan distintas.

Quisiera agregar que a la complejidad de esa personalidad se unía una característica muy especial. Rara vez se encuentra en un hombre la conjunción de virtudes que por lo común se consideran contrapuestas o contradictorias. Wilson fue un hombre eminentemente racional; si no lo hubiera sido, no habría podido ser el Ministro que fue, ni el legislador estudioso que fue; si no lo hubiera sido, no habría podido conducir al Partido Nacional y enfocar los problemas del país con visión de estadista. Ese hombre profundamente racional era también hondamente pasional, tal vez respondiendo a lo que ha sido una característica histórica común a todos los hombres del Partido Nacional, donde la carga de pasión está siempre a flor de piel. Wilson nunca quiso disimular esa pasión que ponía en todo: en la lucha, en el trabajo, en el amor, en el servicio a su partido y en el servicio al país.

Siempre me han inspirado simpatía los hombres que son lo que tengan que ser hasta sus últimas consecuencias: Wilson fue un blanco hasta sus últimas consecuencias, sin matices, sin dudas; fue un blanco hecho de un solo tajo. Si bien eso lo ponía en la vereda de enfrente de nuestras convicciones políticas, despertaba e inspiraba nuestro más profundo respeto.

Decía que desempeñó las más diversas funciones, todas con brillo similar. Esto, que puede parecer una generosa concesión de un discurso de homenaje, sin embargo se ajusta estricta y literalmente a la verdad.

Muchos de los que están en esta Sala vivieron la experiencia de lo que significó Wilson como orador, volcando toda aquella pasión, y al mismo tiempo, haciendo sentir ese magnetismo raramente explicable, propio de los caudillos.

Fue un polemista temible: en Sala manejaba la ironía con la habilidad y la elegancia con que se podía manejar un florete. Fue un legislador trabajador y consciente; el brillo de su personalidad no le impidió cumplir responsablemente con esa tarea muchas veces más oscura, más humilde, que es la "cocina" de la labor parlamentaria: el trabajo de las Comisiones.

Como Ministro, Wilson se asemejó a Zelmar Michelini en cuanto a la pasión de hacer, esa especie de vértigo que gana a un hombre cuando llega a un cargo y casi desesperadamente quiere realizar todo lo pensado y proyectado, todo lo soñado para su pueblo.

Como interpelante era implacable. Marcó una época de la vida política del país cuando, constituyéndose prácticamente en un fiscal de la moral pública, hizo temblar y caer a Ministros que no habían cumplido cabalmente con sus deberes.

Sí: todo esto pudo hacer Wilson, y de ello se habla y comenta.

Quiero agregar que su personalidad tenía otra faceta. Hay una función que todos tenemos que cumplir y que tal vez es la de mayor responsabilidad y la más completa, pero seguramente la que recibe menos condecoraciones; la de ser padres. Wilson fue un padre ejemplar; con la misma pasión con que lo definimos en lo político, amaba y protegía a su familia. Desde luego que todos amamos y respetamos a nuestras respectivas compañeras, que todos sentimos un entrañable amor por nuestros hijos, a los que vemos como cachorros, pero eso asomaba permanentemente en los ojos de Wilson.

Hablar con él era un auténtico placer, porque era un hombre profundamente culto. Era un placer hablar de música,

porque conocía de música; hablar de pintura, porque la disfrutaba, hablar de literatura, porque transitaba por ella. A esa cultura que enriquecía su personalidad, el tiempo -como lo hace con los buenos vinos- la fue decantando y dándole "bouquet".

Y a todo esto, ¡quién no conocía el coraje y la alegría de vivir de Wilson! Estas dos cualidades se unen en una breve anécdota que quisiera contar. En la última etapa de su enfermedad fuimos a visitarlo en una delegación de dirigentes de la Lista 99. No lo dijimos entre nosotros, pero me consta que cada uno iba con la incomodidad, con el resquemor o con el temor por lo que suponíamos tenía que ser una visita difícil, en la que seguramente tendríamos que disimular el destino marcado de aquel hombre que nos merecía aprecio y respeto. Sin embargo, ni tiempo tuvimos para eso. Wilson, manejando mucho mejor que nosotros la situación, mediante la anécdota, el chiste, la alegría, el oportunismo, la calidez afectuosa, inmediatamente nos hizo olvidar del momento que estaba viviendo. Cuando transcurrió el tiempo que nosotros considerábamos prudencial para una visita de este carácter y nos quisimos retirar, fue Wilson el que insistió, dos veces, para que siguiéramos charlando con él, y nosotros accedimos gustosamente a dos cosas: a su pedido y a nuestra propia voluntad, a nuestras ganas de seguir disfrutando de aquel rato con ese amigo que nos estaba haciendo olvidar de tantas cosas y nos hacía reír con sus ocurrencias y con su ingenio.

Después que nos despedimos -creo que fue la última despedida personal- recién al salir de su casa, en la vereda, frente a su puerta, tomamos conciencia que habíamos ido a visitar a aquel amigo para reconfortarlo en los momentos de su lucha más dura, para hacerlo olvidar de lo que estaba viviendo, y que, en definitiva, había sido él quien nos reconfortara a nosotros, gracias a ese coraje y a esa alegría de vivir.

Lo conocí en 1967: él iniciaba su primera Legislatura como Senador y yo comenzaba mis tareas como Diputado.

Nos conocimos e inmediatamente nació el respeto y -por qué no decirlo- también el afecto. Nació una amistad que se prolongó durante muchos años y también nació un respeto, pautados, tanto la amistad como el respeto, por muchas discrepancias, algunas de ellas fundamentales. Sería empequeñecer la figura de Wilson y casi un agravio a su memoria que yo viniera aquí a maquillar diferencias que eran lógicas y naturales: él, con su pasión de blanco y su concepción del mundo y yo, entonces, con mi origen batllista y, también mi concepción del mundo.

Discrepamos muchas veces y después llegó el período en el que no podíamos hacerlo porque éramos soldados comunes, en una lucha común, codo con codo -él, desde luego, luchaba más y mejor- por la libertad para nuestro país. Y quiso el destino que se dieran las circunstancias de que ya en la última etapa de su vida, encontrándose en plena actividad política, volviéramos a discrepar y lo hiciéramos precisamente en lo que para nosotros era insuperable: algo que no podíamos conciliar y que todavía hoy sentimos dolorosamente como una profunda herida que está separando al pueblo uruguayo. Sin embargo, ni las discrepancias de entonces ni las posteriores lograron mellar en ningún momento el respeto y el afecto, porque detrás de las diferencias estaba la tolerancia, que no es otra cosa que la convicción de saber que quien se opone a nuestras ideas lo hace porque cree que es lo mejor para el país.

Quiero expresar unas pocas palabras sobre una etapa de la vida de Wilson acerca de la que se habla menos. Hay determinados sentimientos de un hombre que sólo pueden ser interpretados por otro que haya compartido una experiencia común. Por lo general, quienes hemos sufrido el exilio no acostumbramos a hablar de ello; tampoco suelen hacerlo quienes han sufrido la cárcel. Seguramente, esto sucede por causa del pudor que todos sentimos, ya que todos nuestros padecimientos pueden resultar insignificantes al lado de los que han sufrido otros.

Es necesario decir algo sobre el sentimiento del exilio, que es intransferible y que sólo se conoce cuando se sufre. Y es preciso expresarlo porque Wilson lo sintió y lo vivió en carne viva, como hombre pasional que era. El exilio, señor Presidente, es una terrible nostalgia sin esperanza. Y digo que la nostalgia no solamente es un sentimiento, sino que de ella también se muere. Tuve la cabal dimensión de cómo Wilson sentía el exilio, más allá de que lo disimulaba, y de que su actitud era de lucha. Pero él, al igual que Zelmar, llevaba en lo más profundo de su corazón el dolor permanente de lo que es la separación forzada de la familia, de los amigos; y no sólo de las personas, sino también de las cosas materiales: el alejamiento sin esperanza de la comarca, de aquel árbol que conocimos, de aquel bar que frecuentábamos y al que tal vez no volvamos nunca.

Y luego vino el peregrinaje por todo el mundo, llevando la palabra y la bandera del reclamo de libertad que formulaba el pueblo uruguayo. Compareció ante el Congreso de los Estados Unidos de América, donde realizó un planteamiento con toda la altivez y el orgullo con que Wilson sabía representar a su pueblo. Allí expresó que no les pedía nada, pero que no interfirieran apoyando a un gobierno que se asentaba en la desgracia de su pueblo.

¡Bendita sea esta República, que puede dar hombres que, como Wilson en el Congreso de Estados Unidos de América, que como Luis Batlle en ese mismo Congreso y como Zelmar Michelini en el Tribunal Bertrand Russell, pueden salir a mostrar al mundo la potencia y la fuerza de la voz de este país tan pequeño!

Mi Partido -el Partido por el Gobierno del Pueblo, la Lista 99- tiene una particular deuda con Wilson Ferreira Aldunate. Más allá de todas las discrepancias que ya hemos señalado, Wilson tuvo una singular amistad con Zelmar Michelini. Se supone que la vida política y la actividad parlamentaria nos llevan permanentemente al enfrentamiento. Sin embargo, ellas nos demuestran que en el plano de lo que es la civilización y la tolerancia, por lo menos existe un trato cortés. A veces, esas mismas circunstancias permiten que la cortesía llegue a algo más, como es la camaradería; pero en otras ocasiones, en los espíritus grandes, esa camaradería se transforma en amistad.

En definitiva, Zelmar y Wilson consolidaron en el Parlamento una amistad que ya había nacido antes. Y la deuda que nosotros tenemos con Wilson Ferreira es la de que fue consecuente con aquella amistad, a la que coronó cuando estaba en riesgo su propia vida, requiriendo de las autoridades de la dictadura argentina, por la suerte de su amigo, hasta en los momentos en que ya no había esperanza, aunque él no lo sabía.

Pienso que un grupo de hombres que encara la acción política no necesariamente conforman un partido político. Pueden constituir una agrupación, un grupo, un movimiento, pero sólo son un partido político desde el momento en que las ideas se expresan -sin dejar de ser ideas- en sentimientos, y en conductas. Aun al Partido Nacional -un Partido histórico al que no le faltan ideas, que ha acumulado en su historia un riquísimo caudal de conductas y sentimientos- Wilson Ferreira Aldunate supo enriquecerlo con sus ideas, con sus sentimientos, y con su conducta; por eso sé que su Partido jamás podrá olvidarlo, no sólo por que haya sido su conductor. Tampoco podrá hacerlo su familia. Expreso a esa compañera heroica y entrañable que ha sido Susana Sienra, la señora esposa de Wilson, a sus tres hijos -y en particular a mis amigos Babina y al señor senador Juan Raúl Ferreira- también al señor diputado León Morelli -de cuya devoción por Wilson tuve experiencia personal- y a sus nietitas, si siguen llorando la ausencia de aquél, que hoy aquella presencia la sustituyen con el orgullo que sienten por el padre de familia que ya no tienen.

Wilson, nuestro inclaudicable adversario, no será olvidado. Con su sonrisa ancha, con sus manos expresivas como palomas, seguirá galopando por siempre, horizontes en el recuerdo de su pueblo.

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE - Tiene la palabra el señor legislador Cigliuti.

SEÑOR CIGLIUTI - Señor Presidente: cumplo el deber, para mí muy honroso, de representar en esta sesión de la Asamblea General a la bancada de legisladores de mi Partido Colorado. No es esta la primera vez que hablo de Wilson en la Asamblea General; cuando se produjo su fallecimiento, hace un año, cumplí con el mismo doloroso cometido.

También es la segunda oportunidad -y ello ocurre por primera vez en la historia de la Nación- que la Asamblea General se reúne para rendir tributo a la misma personalidad. En la historia legislativa del Uruguay no existe antecedente al respecto; éste es, por consecuencia, un homenaje excepcional, que se justifica porque está dirigido a la memoria y al ejemplo de un hombre también excepcional que, por serlo, merece que la Asamblea General se reúna cuando se produce su deceso y también al año, cuando todavía sus amigos y su Partido lo siguen llorando como si hubiera fallecido hoy mismo y le rinden el tributo inmarcesible de su recuerdo.

Podemos decir, entonces, como recordaba Frugoni: Hoy está Wilson aquí, como hace un año. Cerrad las puertas como en la alta noche; hoy tenemos un muerto en nuestra casa.

Wilson fue uno de los más distinguidos ciudadanos que ha conocido la generación que he tenido la oportunidad de integrar. Su vida fue excepcional desde el primer momento. Yo lo conocí desde siempre; apenas tenemos una diferencia de edad de un par de años; en consecuencia, seguí su trayectoria desde mi modesta posición de adversario, y lo ví actuar cada vez con mayor seguridad, con mayor vuelo y con mayor inteligencia, en los cargos, también cada vez más importantes, que iba ocupando en su Partido y en el país. Inició su vida política cuando agonizaba una dictadura. Votó por primera vez en 1942, igual que nosotros, y le tocó morir cuando terminaba otra dictadura. Wilson actuó entre dos dictaduras y su personalidad y su trayectoria estuvieron signadas por esos hechos. Fanático como fue siempre de los principios democráticos, de la institucionalidad, del imperio de la norma jurídica y del respeto al derecho, supo jugarse, cuando era un muchacho y cuando ya era líder de su Partido, una y otra vez en defensa de los principios intangibles de la democracia política. Actuó de igual manera en 1942, cuando empezó a ocupar posiciones en el Directorio de su Partido, que cuando fue figura de altísimo relieve tanto para el Partido como para el país, hacia 1973, cuando otra vez se produjo el quebrantamiento de las instituciones democráticas. Desde ese punto de vista, en la primera etapa -que abarcaría desde 1942 hasta 1958, ocasión en que se produce la victoria electoral de su Partido- fue formando y agrandando su personalidad, fue formando su manera de ser y de actuar, fue enriqueciendo su cultura y prestigiándose. Probablemente sea verdad lo que decía Wilde: "El que nace caballero ya sabe bastante. La cultura puede decorar el carácter, pero nunca formarlo". Coincido con el hermosísimo discurso del señor legislador Alonso: Wilson era una expresión de alta cultura, pero era un carácter. Había nacido caballero y, por esa razón, quien se acercaba a él enseguida era su amigo, porque no había diferencia en la forma con que se conducía con quien conversaba por primera vez y como lo hacía con un amigo al que conocía de toda la vida. Conmigo pasó así; siendo él senador al igual que yo en aquella Legislatura de 1967 a 1972, no tuve ninguna dificultad en conversar con él, deseando naturalmente, seguir haciéndolo después, porque -además de sus intervenciones en el Plenario de la Cámara de Senadores y de la Asamblea General- era una persona que tenía el don de la conversación y de la palabra.

Con Wilson siempre se aprendía.

Cuando gana su Partido, Wilson pasa a ocupar cargos de responsabilidad política: Presidente de la Cámara de Representantes, Ministro de Ganadería y Agricultura. ¡Ni qué hablar, señor Presidente, de las diferencias que tuvimos con ese ciudadano, cuando después de ser dirigente de la Juventud de su Partido, fue miembro del Parlamento e integrante del Poder Ejecutivo de la República como Ministro de Ganadería y Agricultura. Luego, en 1973, siendo Senador, le tocó luchar nuevamente, como cuando había empezado en defensa de las instituciones democráticas, que eran conculcadas.

Terminó su vida como la empezó: luchando contra la dictadura. Pero en esta segunda etapa había adquirido una condi-

ción que, por supuesto, en la primera no podía tener; no era sólo el Secretario del Directorio, no era sólo el Presidente de la Cámara, no era sólo el Ministro; era entonces el líder de su Partido. En los años que siguieron a la derrota electoral nacionalista de 1966 fue que Wilson adquirió, poco a poco -aunque en un breve lapso- en forma casi asombrosa, la calidad de abanderado y de primera figura del Partido Nacional. Ahí, entonces, su responsabilidad fue mayor; tuvo que enfrentar el destierro; tuvo que luchar con denuedo, con dificultades y corriendo riesgos, defendiendo la causa impersonal de la democracia uruguaya. Y ahí también se le vió crecer y actuar con un empuje de excepción en defensa de sus principios. Cuando volvió al país fue detenido y no pudo intervenir en las últimas elecciones. Luego sale de la cárcel y pronuncia palabras de elevado patriotismo para comprender la nueva situación que se había creado, y aquel ciudadano hizo al país un invalorable servicio cuando llegó a entenderse sobre cuestiones fundamentales con nuestro representante en el Gobierno de la Nación, el señor Presidente de la República, doctor Sanguinetti. El encuentro, la conversación y el entendimiento entre estos dos ciudadanos tuvo importancia vital para asegurar la democracia que se había reconquistado, que era necesario consolidar paulatinamente, en una situación de excepción que, como es natural, tenía muy graves riesgos. Aquel entendimiento hizo posible el afianzamiento de las instituciones, y cuando llegó el momento de la prueba última, la comprensión, el sacrificio patriótico y la inteligencia del señor Wilson Ferreira sirvieron para que el país pudiera consolidar esa democracia que se había iniciado con buenos auspicios y que se había afirmado en virtud de la inquebrantable decisión del Poder Ejecutivo y de la intencionalidad patriótica del partido adversario.

Hoy el país se encuentra abocado a situaciones difíciles y complejas, que tienen que ser esclarecidas por el pueblo, que es el único que puede hacerlo. Nosotros, los miembros del Partido Colorado, podemos decir, como lo expresáramos otras veces, que las banderas del señor Wilson Ferreira son nuestras banderas, y que lo que él pensaba y sentía dolorosa y sacrificadamente, como lo tuvo que hacer, era la buena orientación, la buena posición, la buena idea, las que compartimos plenamente, porque también son las nuestras.

De modo pues, que esta vida que se extiende desde 1919 a 1988, fue pletórica de progresos, de ascensión, de distinciones y de luchas. Amante de su Partido, sí, pero de la Patria antes, comprendió cabalmente en cada recodo lo que era necesario hacer y sabía distinguir lo fundamental de lo accesorio, lo aparente de lo sustancial. No desdeñaba sacrificios y riesgos con tal de cumplir lealmente con lo que él creía era su deber para con la Patria. Es un ciudadano que un año después de su muerte sigue promoviendo el dolor, la tristeza, la pena de sus conciudadanos.

Al igual que con la muerte de Lincoln, cuando hace un año murió Wilson la gente, sin conocerse, se saludaba en la calle, como si hubiera perdido a un pariente muy querido.

¡Y qué vida de sacrificios, de castigos y de dificultades fue la de Wilson! Esa vida ya empezó a crecer cuando Wilson era un muchacho. Llegó a gobernar con su Partido, ocupando un puesto de gran distinción, pero después tuvo que soportar un conjunto de adversidades tremendas que sólo a un alma bien templada no podían dañar.

Vale la pena recordar la anécdota del maestro Irureta Goyena cuando hacía el elogio del Fiscal Bouza y decía, entonces, que todo ciudadano que se eleve algo sobre el común de los mortales debe alguna cosa; poco o mucho, pero algo siempre, debe a lo que él llamaba el enigmático demiurgo del azar. Y si no debe nada a la suerte, si ese demiurgo incomprensible no lo ha ayudado, entonces resulta completo; es oro sin ganga, trigo sin cizaña; es, al mismo tiempo, estatua y pedestal.

De Wilson se puede decir eso y algo más que eso; y es que ese demiurgo que no lo ayudó, tampoco le fue indiferente; lejos de ayudarlo, estuvo contra él. Porque cuando llegó el momento en que desde las posiciones principales de su Partido podía seguir una carrera ascencional, el Partido Nacional pierde la elección. Después que él mismo levanta a su Partido y se transforma en su abanderado principal y en su líder, entonces viene la dictadura y tiene que salir al destierro; arriesga su vida y la de los suyos, siendo abnegadamente acompañado por éstos. Cuando regresa al país no puede entrar en él, sufre cárcel y proscripción, y no puede presentarse en las elecciones. Luego que se reinstala la democracia y él puede ser otra vez un ciudadano libre en su Patria libre, tiene que tomar decisiones terribles y tremendas que le enajenan amistades porque lo obligan a sacrificarse por un principio que él considera superior. Y cuando en esa situación se dispone a luchar otra vez bravíamente en defensa de sus ideales y de su Partido -a lo que tenía todo el derecho, naturalmente, y hasta la obligación- y aparece en ese momento como una figura resaltante de la política nacional, en que la lucha está abierta y generosa para poder, dentro de ella, y con ella, seguir buscando mejores posiciones, se enferma, y se enferma tremendamente; se enferma para morir, en medio del dolor y de la pena de sus amigos de su Partido, de sus amigos de los otros partidos y del pueblo del Uruguay que sintió plenamente aquella tragedia.

Por eso, señor Presidente, después de un año, la Asamblea General lo recuerda otra vez.

Los hombres como Wilson, tan blanco -como decía apropiadamente el señor diputado Alonso- tan partidario, tan de su sector, de sus sentimientos y de sus principios fue, sin embargo, antes que todo esto, un uruguayo cabal, como diría su correligionario Ricardo Paseyro, radical como él, de la disconformidad, de la resistencia, de la lucha, del combate pleno y sin descanso: la vida de estos hombres no se da por un partido ni por una divisa; "se da por la libertad y por la Patria, y por la excelsa dignificación del ser humano, tomado en su triple significado de valor social, esfuerzo fecundo y conciencia libre". Hace un año, en una mañana del verano agonizante, una nube se levantó en el cielo de este país; fue buscando la línea imprecisa que marca el lugar por donde se une el cielo con el azul del mar. Allí, aquella nube se definió blanca y diáfana, casi incorpórea, clara como el día que empezaba a nacer.

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE - Tiene la palabra el señor legislador Ferreira.

SEÑOR FERREIRA - Señor Presidente: sinceramente, no pensaba hacer uso de la palabra, y no sé si voy a poder hacerlo porque después de las cosas que han sido dichas, y sobre todo de la manera en que lo han sido, creo que tengo el deber, en nombre de mi madre, de mi familia, de todos nosotros, de agradecer profundamente este homenaje.

Es probable que la emoción me impida agregar algún comentario a lo que se ha dicho pero todas las expresiones vertidas me han inspirado y me han resultado tan gratificadoras que contrastan con una sensación que he venido recogiendo a lo largo de este año tan difícil, y que quizá se deba a que los uruguayos, a lo mejor por una herencia española, hemos cultivado eso que un gran escritor vasco describió como el sentido trágico de la vida. En oportunidades en que la gente expresa su solidaridad, su afecto, lo hace en ese tono, y dice: ¡Qué desgracia lo de Wilson! ¡Qué terrible! ¡Qué mala suerte no tenerlo ahora! Y todo esto no deja de ser una manera triste y estéril de encarar su memoria. Quienes conocieron de cerca a Wilson, saben que él era incompatible con ese sentimiento.

¡Con qué grandeza, con qué alegría y hasta diría, con qué humor, enfrentó los momentos más difíciles de su vida!

Por esto, señor Presidente, esta noche me atrevo a pedir a todos aquellos que quisieron y que respetaron a Wilson, que actuemos con un sentido positivo, sin fatalismos, sin resignaciones y pensando en lo que él nos dejó, que es el sueño de un Uruguay renovado, de un Uruguay transformado, de un Uruguay lanzado al siglo XXI.

Wilson soñó un país; tenía la imagen de un Uruguay con el agro recuperado, con una industria moderna, un país integrado a sí mismo, descentralizado. Wilson soñó con un país democrático que reposara fundamentalmente en ideas nuevas.

Creo, señor Presidente, que nuestro compromiso, y el de todos los que están aquí presentes esta noche, es realizar ese sueño de Wilson ya que está al alcance de nuestras manos. Este compromiso no tiene partido ni color político y estoy convencido que entre todos -no nos quepa la menor duda- vamos a lograrlo.

Muchas gracias.

(Prolongados aplausos en la Sala y en la Barra)

4) SE LEVANTA LA SESION

SEÑOR PRESIDENTE - Cumplido el objeto de esta sesión, se levanta la misma.

(Es la hora 19 y 21)

Dr. Enrique E. Tarigo
Presidente

Dn. Mario Farachio
Dr. Héctor Clavijo
Secretarios

Dn. Roberto J. Zamora
Director del Cuerpo de Taquígrafos
de la Cámara de Representantes

Depósito Legal 205.148/89